

Encuentro con Dios, conciencia de pecado y conversión en los Evangelios: el caso paradigmático de Pedro

Ignacio Carbajosa

UNIVERSIDAD ECLESIAÍSTICA SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN En la literatura bíblica, Dios se implica en la historia de un pueblo, elige a unas personas y da indicaciones concretas. En consecuencia, la conversión, ya en el AT, conlleva un “darse la vuelta” hacia esa presencia y esas indicaciones divinas. En el NT el encuentro con Dios coincide con el encuentro con un hombre, Jesús de Nazaret, y la conversión requerida pasa a través del seguimiento de aquella persona, que introduce un cambio de mentalidad. La segunda parte de este artículo se detiene a estudiar la dinámica de la conversión en el apóstol Pedro.

PALABRAS CLAVE Conversión, Pedro, evangelios, metanoia.

SUMMARY *In biblical literature, God forms part of a people's history by picking out certain persons and giving concrete instructions. As a result, even in the Old Testament, we see that conversion means to “turn around” towards that Presence and follow those divine instructions. In the New Testament the encounter with God is one with the encounter with a Man, Jesus of Nazareth. Conversion requires following that Person and causing a change of mentality. The second part of this article studies the dynamics of the conversion of the Apostle Peter.*

KEYWORDS *Conversion, Peter, Gospels, Metanoia.*

I. EL ENCUENTRO CON EL DIOS BÍBLICO: EL *NOVUM* DE ABRAHÁN

La imagen que tenemos de la cultura y religión mesopotámicas, verdadero contexto del Israel bíblico, está determinada por una comprensión un tanto equívoca de lo que llamamos “politeísmo”. En nuestra mentalidad moderna, el término implica la creencia en la existencia de una pluralidad de dioses, que son objeto de reverencia y culto por parte de los hombres. Teniendo en

cuenta que la imagen de dios que multiplicamos en el politeísmo es la que hemos recibido de la tradición judeo-cristiana, nos resulta bastante ingenua y poco razonable tamaña multiplicación y, por ello, comprendemos el hipotético proceso evolutivo que debió llevar al monoteísmo.

En realidad, esta misma lógica, llevada a su extremo, es la que conduce a un paso más allá, presuntamente aún más lógico: de la edad ingenua de la fe monoteísta al reinado de la “diosa” razón, en cuyo reino no hay espacio para Dios ni para dioses. Semejante imagen “evolutiva” de las creencias triunfó especialmente con la Ilustración y G. E. Lessing la expone de modo paradigmático en su escrito “La educación del género humano”¹. Sin embargo, ni en Mesopotamia “creían” en varios dioses, como nosotros creemos en uno, ni el paso al monoteísmo fue una cuestión lógica o de evolución.

En efecto, el hombre mesopotámico carece de la experiencia de un dios personal, con voluntad propia y deseo de comunicarse, tal y como nos lo ha testimoniado Israel en la Biblia. Ciertamente para ellos toda la realidad estaba sostenida por un *fatum* misterioso (hado o destino) que regía la naturaleza de las cosas y su funcionamiento, es decir, sus leyes². Sin embargo, el *fatum* no tiene ninguna voluntad de expresión, de él no se espera una comunicación más allá de su manifestación en las leyes que rigen el universo. Por ello, el *fatum* es estrictamente previsible, aunque para ello haya que penetrar en sus leyes. Ventanas de acceso al *fatum* son los dioses o iconos, que rigen una cierta parcela de la realidad (el dios del sol, de la lluvia, de la guerra, de la justicia, de la fecundidad...). A través de ellos el hombre puede apropiarse de una parte de las leyes del universo.

De este modo, las religiones politeístas tienen una pretensión de “racionalidad”, siendo la previsibilidad (pautas accesibles a la razón) la principal característica de lo divino. El hombre mesopotámico se acerca al *fatum* que gobierna la realidad con el deseo de apropiarse racionalmente de un universo predecible. Por ello, no se debe considerar la adivinación como un gesto supersticioso de magia, sino, más bien, como un esfuerzo sincero por descubrir la armonía interna y racional del orden universal, del cual el *fatum* es el

1 Cf. G. E. LESSING, “La educación del género humano”, en: *Escritos filosóficos y teológicos* (Barcelona 1990) 627-658 (§§ 6-8. 85).

2 En la explicación del *fatum*, tal y como es concebido en Mesopotamia, y de los dioses como iconos, me baso en G. BUCCELLATI, “Ethics and Piety in the Ancient Near East”, en: *Civilizations of the Ancient Near East* (ed. J.M. Sasson) (New York 1995) vol. III, 1685-1696.

cemento (o pegamento) unificador y los dioses son los custodios, así como las ventanas de acceso.

Así las cosas, el monoteísmo no se presenta, ni muchísimo menos, como una evolución natural del politeísmo. Por un lado, no hay indicios en las religiones mesopotámicas de personificación del *fatum*. Por otro lado, la realidad es rica y poliédrica y debe ser fragmentada para poder acceder a ella: no tiene sentido perder los diferentes iconos o dioses que nos permiten dicho acceso. Nada diferente a lo que hacemos en nuestra cultura científica, que secciona la realidad para consentir accesos especializados a ella, con métodos diferentes en función del objeto.

En este contexto, la conversión del mesopotámico Abrahán, en los términos en los que se nos describe en la Biblia, es verdaderamente a-mesopotámica:

El Señor dijo a Abrán: “Sal de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Gn 12,1-3).

En Abrahán no se verifica una voluntad de apropiación racional de un universo previsible sino todo lo contrario, la obediencia a una voluntad ajena que se comunica con indicaciones muy concretas. Y esto no es, ciertamente, una evolución natural: Abrahán pierde el “control” del proceso de penetración en un mundo ordenado. Todo queda en manos del Absoluto y de su voluntad de comunicación.

Abrahán aprende a decir “tú” al Absoluto porque éste se manifiesta de un modo que podemos llamar personal, como interlocutor. Es entonces cuando se introduce, ya en nuestra tradición, la noción de Dios personal o, en términos bíblicos, “Dios vivo”. En efecto, es el “Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob”. La iniciativa divina, que en la llamada a Abrahán entra de un modo único en la historia, marca un *novum* que el padre de los *creyentes* empieza a seguir. A partir de entonces comienza una dinámica de verificación de la promesa (“Haré de ti una gran nación... Bendeciré a los que te bendigan”, Gn 12,3) que va a cargar de certeza la relación entre Abrahán y su Dios. En Abrahán se puede decir con propiedad que la “experiencia” de Dios se convierte en “encuentro” con un Dios personal.

II. UNA NUEVA DINÁMICA DE CONVERSIÓN

El *novum* en la historia religiosa de la humanidad que introduce la vocación de Abrahán abre paso a una nueva dinámica de aquello que llamamos “conversión”. Un repaso por el vocabulario que asociamos a este término en el texto hebreo del Antiguo Testamento (AT) es muy instructivo en este sentido.

El AT no posee una raíz exclusiva para designar el acto “técnico”, “religioso”, de la conversión. En efecto, la raíz hebrea que domina este campo semántico está tomada del vocabulario profano. Se trata de la raíz *šûb*, que en su uso normal significa “volver, darse la vuelta”³. De hecho, de las 1060 apariciones del verbo *šûb* en la Biblia hebrea, sólo unas 118 tienen significado religioso⁴. Este verbo es traducido por la versión griega de los LXX sobre todo como *apostrefō* o *epistrefō*, especialmente en su valor religioso. La Vulgata latina, por su parte, traduce con el verbo *converto*, de donde viene el nombre castellano “conversión” y el verbo “convertirse”.

La raíz hebrea *šûb*, “volver”, encaja perfectamente con la nueva dinámica religiosa que ha introducido la vocación de Abrahán. La iniciativa la toma el Absoluto. O mejor, la ha tomado (históricamente) el Absoluto. Por ello, la primera actividad del hombre en relación a él no es una conquista (una apropiación racional de un universo predecible) sino un *darse la vuelta* hacia él y, en caso de haberse alejado, un *volver* a él. La dinámica de la conversión está marcada, por tanto, por la irrupción de lo divino en unas coordenadas espacio-temporales, de ahí que la acción del hombre tenga la forma de *respuesta*, cuyo primer gesto es *darse la vuelta* (a quien habla).

El uso religioso del término *šûb* es especialmente frecuente en los profetas, no en vano afrontan una circunstancia en la que Israel se ha *alejado* o ha *dado la espalda* a su Dios. Si en el origen del pueblo *elegido* hay una llamada a la que responde *dándose la vuelta* y *siguiendo* un nuevo camino, el pecado (*ḥāṭṭā*) implica un “equivocarse de camino”. Los profetas, por tanto, llaman a la conversión no como un *dejar de hacer* algo malo o, al contrario,

3 Cf. J. A. SOGGIN, “*šûb*, Volver”, en: E. JENNI – C. WESTERMANN (eds.), *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* (Madrid 1985) II, 1110-1118.

4 Cf. W. L. HOLLADAY, *The Root SUBH in the Old Testament. With Particular Reference to its Usages in Covenantal Contexts* (Leiden 1958).

empezar a hacer algo bueno, sino ante todo como un *volver* al primer amor que se ha abandonado (cf. Os 2,4-25; Jr 2,1-37; Ez 16,1-63).

III. DE LA ANTIGUA A LA NUEVA ALIANZA

¿Qué novedad introduce el Nuevo Testamento (NT) en la concepción de la conversión? Sus escritos no hacen sino testimoniar la dinámica que introduce Jesús de Nazaret con su misma persona, radicalizando el método elegido por Dios al llamar a Abrahán y llevándolo a sus últimas consecuencias. En el evangelio de Mateo, una vez que ha sido bautizado por Juan “para cumplir toda justicia”, Jesús marcha al desierto para ser tentado por el diablo y a continuación comienza su ministerio público, con la misma llamada que realizaba Juan el Bautista:

Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: “*Convertíos*, porque *se ha acercado* el reino de los cielos” (Mt 4,17).

La llamada a la conversión es posible porque el objeto al que darse la vuelta se ha hecho cercano, se ha aproximado: el reino de los cielos. Dios ha acercado su reino (reino de los cielos=reino de Dios) a través del hijo. En efecto, Jesús mismo se presenta como el hijo del rey que invita al banquete de bodas de su primogénito (cf. Mt 22,1-14). La identificación entre el reino de Dios y el hijo se esconde detrás del gesto de Jesús que llama a seguirle.

Por lo que respecta al vocabulario de la conversión empleado en el AT, el NT introduce un cambio. El término *epistrefō*, “darse la vuelta”, usado por los LXX para traducir el hebreo *šûb*, es utilizado por el NT sólo 18 veces con el sentido teológico de “convertirse”. En su lugar, el término que domina es *metanoōō* (verbo) o *metánoia* (sustantivo). En realidad, esta raíz, tal y como es usada en el NT, recoge el valor “darse la vuelta” del verbo que domina en el AT (*šûb* - *epistrefō*) y añade el aspecto de “cambio de mentalidad” que está implicado en el dejar de mirar a un punto y empezar a mirar a otro. La *metánoia* o cambio de “*nous*” consigue expresar mejor el papel que la razón y el afecto juegan en el “darse la vuelta” hacia alguien que me atrae. No se trata de un gesto mecánico, está implicada toda la moralidad.

La nueva moralidad, centrada en la posición que se asume ante Jesús, se verifica en el juicio a las ciudades y personas que entran en contacto con él:

Entonces se puso Jesús a recriminar a las ciudades donde había hecho la mayor parte de sus milagros, *porque no se habían convertido (hoti ou metenóēsan)*: “¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, *hace tiempo que se habrían convertido (metenóēsan), cubiertas de sayal y ceniza*. Pues os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, habría durado hasta hoy. Pues os digo que el día del juicio le será más llevadero a Sodoma que a ti” (Mt 11,20-24).

Entonces algunos escribas y fariseos le dijeron: “Maestro, queremos ver un milagro tuyo”. Él les contestó: “Esta generación perversa y adúltera exige una señal; pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás. Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra. Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio contra esta generación y harán que la condenen; *porque ellos se convirtieron (metenóēsan) con la proclamación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás*” (Mt 12,38-41).

Los viejos criterios para juzgar la moralidad de las personas ya no sirven. La doctrina de la retribución (“si haces el bien tendrás bienes, si haces el mal, recibirás males”), que en una de sus versiones ya había sido rechazada en el libro de Job (“si estás sufriendo es que algo malo habrás hecho”), es definitivamente superada en Jesús, que se presenta a sí mismo como nuevo criterio de moralidad:

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús respondió: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, *si no os convertís (ean mē metanoēte), todos pereceréis lo mismo*. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y

los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, *si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera*” (Lc 13,1-5).

¿En qué consiste la conversión que reclama Jesús? Está claro que no se trata de un cumplimiento formal de la ley o de los mandamientos que escribas y fariseos habían incrementado. De ese cumplimiento no viene la justicia (“si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”, Mt 5,20). La conversión coincide con un reconocimiento de Jesús por parte de la razón (“por sus obras lo conoceréis”, “un árbol sano da fruto sano”) que arrastra el afecto. La posición del niño, que llama al pan, pan, y al vino, vino, es la más cercana a la posición que pide Jesús a sus discípulos:

Si no os convertís (ean mē strafēte) y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 18,3).

En aquel momento tomó la palabra Jesús y dijo: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25).

Jesús es consciente de la debilidad del pueblo que ha venido a salvar. Él es el médico que sale al encuentro de los enfermos. La verdadera posición moral es la del que reconoce su necesidad, su enfermedad, y gracias a ella identifica al único médico capaz de curarla. La posición del “sano”, del que se siente justo y, por ello, no necesitado de salvación o sanación, es reprochable.

No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores *a que se conviertan (eis metánoian)* (Lc 5,31-32).

Serán los más necesitados, los pecadores públicos, prostitutas, publicanos, y la gente sencilla (pastores y pescadores) los que con mayor facilidad reconocerán a Jesús a partir de sus gestos y sus palabras.

IV. LA LLAMADA DE LOS DOCE

Pero el gesto con el que Jesús explicita su pretensión de ser la encarnación del reino de Dios, lugar, por tanto, ante el que se decide la conversión y la moralidad, es la llamada a los Doce. Con esta vocación, crea un nuevo Israel en torno a él. Si el antiguo Israel era llamado continuamente a la conversión a Dios, como gesto de volver a la alianza, a la ley, o simplemente a su voz (los profetas), ahora los discípulos son llamados a seguir a un Jesús que manifiesta una creciente pretensión.

En efecto, los evangelios describen un progresivo desvelamiento de la persona de Jesús, que coincide con un progresivo ponerse él mismo en el centro de la predicación con una escandalosa pretensión: poner su persona en el corazón del afecto (cf. Jn 15,5: “Sin mí no podéis hacer nada”). Esta pretensión queda expresada de un modo muy claro en las afirmaciones de Jesús que recoge Mateo:

Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda *por mí* (*beneken emou*), la encontrará (Mt 16,24-25). Entonces dijo Pedro a Jesús: “Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?”. Jesús les dijo: “En verdad os digo: cuando llegue la renovación y el Hijo del hombre se siente en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Todo el que *por mi nombre* (*beneken tou onómatós mou*) deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna” (Mt 19,27-29).

Con la llamada a sus discípulos, Jesús crea un contexto adecuado en el que la conversión se expresa como “darse la vuelta” a un hombre concreto y “cambiar la mentalidad” dentro de un camino pedagógico, hecho de tiempo y espacio. Los evangelios ilustran esta nueva dinámica y la ponen en el centro de sus relatos. Entre los discípulos, la figura de Pedro destaca por razones obvias y, de algún modo, se podría ejemplificar el nuevo camino de conversión a través de lo que los evangelios nos cuentan de este apóstol en su especial relación con Jesús.

V. EL CAMINO DE CONVERSIÓN DE PEDRO

Si fuera posible ir hacia atrás en el tiempo y situarnos en la Roma que acogió a Pedro, en las décadas de los 50 y 60 d.C., y se nos concediera la oportunidad de preguntar al apóstol por su fe y por su encuentro con Dios, ciertamente nos respondería contando una *historia particular*, no aludiendo a un camino ascético, de devoción y de pensamiento. Todo empezó, según el evangelista Juan, porque su hermano Andrés le habló de un tal Jesús, de la vecina Nazaret, que había conocido junto al Jordán, mientras Juan bautizaba (cf. Jn 1,40-42).

La primera decisión de Pedro es la de seguir una invitación “banal” de su hermano. De algún modo podemos decir que Pedro, que “miraba” hacia otro lado, decide *darse la vuelta* en dirección hacia donde miraba su hermano. Cuando se encuentra por vez primera con Jesús, sucede algo que va más allá de lo “banal”: el maestro se le queda mirando y como penetrando en su interior capta su carácter tosco y decidido al decirle: “Tú eres Simón, hijo de Juan, tú te llamarás Cefas (que significa “Piedra”)” (Jn 1,42). Podemos sólo intuir la impresión que el apóstol tuvo al sentir aquella mirada y aquellas palabras. No es arriesgado decir que en aquel momento empezó una nueva vida (una *metanoia*) para Pedro, toda ella determinada por la relación con aquel hombre. Este es el inicio de toda fe cristiana: un encuentro formalmente banal que vehicula, en su excepcionalidad (“nadie me había mirado así”, podría decir Pedro) una promesa de cumplimiento de las exigencias profundas (y hasta aquel momento probablemente confusas) que constituyen nuestro ser religioso.

Aquel primer encuentro da inicio a una historia. Jesús llama a Pedro a incorporarse al grupo de los que *están con él* (cf. Mc 1,16-18). Comienza así una convivencia hecha de tiempo y espacio que será el lugar en el que Pedro se verá continuamente desafiado a la conversión, es decir, a un darse la vuelta a las propuestas de aquel hombre y a cambiar de mentalidad progresivamente. Tal y como se nos muestra en los evangelios, el encuentro con Dios, a partir de este momento, coincide con el encuentro con un hombre situado en el tiempo y en el espacio, que a través de su palabra y sus obras invita a la relación con él y, aún antes, a decidir ante él.

Aquella convivencia debía constituir un desafío continuo para la razón, la libertad y el afecto de los discípulos que seguían a Jesús. Cada día estaría cargado de gestos y palabras del maestro que se ofrecían a la interpretación

de todos. El evangelio de Lucas nos cuenta un episodio, en el inicio del ministerio de Jesús, que debió tocar especialmente a Pedro. Sucedió en su propia casa. Un sábado, después de salir de la sinagoga, Jesús entró en casa de Pedro, situada a escasos metros de aquella. Pedro era de Cafarnaún y habría invitado a Jesús a compartir con él una comida, signo de cómo el primer encuentro había determinado el inicio de un camino que el apóstol quería recorrer (Lc 4,38-39).

Todos podemos imaginar la ilusión con la que Pedro y su familia habrían preparado aquel encuentro. Y todos entendemos perfectamente la agitación (¿tal vez mezclada con resentimiento?) con la que Pedro acogería de parte de su mujer la noticia de que la suegra tenía fiebre alta. Imprevistos de este tipo, cuando uno ha esperado y preparado con cariño una visita, sacan de sus casillas a cualquiera. Por eso, el gesto de Jesús debió descolocar todavía más a Pedro: lo que resultaba a todas luces un contratiempo (la enfermedad de la suegra) se convirtió en la ocasión para que se empezase a desvelar la naturaleza de aquel hombre. En efecto, en lugar de volver otro día, Jesús se acerca a la suegra: “Él, inclinándose sobre ella, increpó a la fiebre, y se le pasó; ella, levantándose enseguida, se puso a servirles” (Lc 4,39). Una intuición debió abrirse paso en la mente de Pedro en aquel instante, algo que el tiempo no haría sino incrementar: con aquel hombre todas las circunstancias de la vida podían vivirse sin miedo.

El mismo evangelista Lucas nos refiere otro episodio que marca un paso en la conciencia del apóstol. Todavía estamos en los inicios de la predicación pública de Jesús, en Galilea. El maestro usa la barca de Pedro para alcanzar una posición desde el agua que le permita hablar a las gentes que se habían acercado a escucharlo (Lc 5,1-11). Cuando despide a la muchedumbre, invita al discípulo a remar mar adentro para pescar. Pedro era pescador y conocía bien su oficio. Se pesca mejor de noche, y, de hecho, habían estado la noche anterior bregando sin resultado. Obviamente, lo mejor era esperar a la siguiente noche. Que Pedro siga la indicación de Jesús revela que en él ya se ha introducido una confianza, fruto de los primeros días de convivencia: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes” (Lc 5,5). En Pedro ya se ha producido un “desplazamiento”: del “sentido común” que gobernaba sus días, a seguir las sugerencias de un hombre que empezaba a ser digno de confianza.

Esa confianza se va a ver ratificada y aumentada por lo que sucedió a continuación. Echaron las redes y éstas casi revientan por la redada tan grande de peces que recogieron. Pedro es un hombre experimentado. Hay poco margen para la casualidad en un oficio y en un lago que él conoce a la perfección. Está delante de un gesto excepcional, un milagro. Tanto es así que Pedro “se echó a los pies de Jesús” (Lc 5,8), expresión del temor reverencial de quien está ante algo divino. De golpe, la distancia infinita entre lo santo y lo profano y mezquino se abren para Pedro: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador” (Lc 5,8). Ante la intuición de lo divino⁵, Pedro se ve asaltado por su conciencia de pecado. Él es un pescador galileo, y casi por oficio probablemente se saltaba varios de los centenares de mandatos que los fariseos se encargaban de recordarles. No había modo de cumplir la Ley...

La respuesta de Jesús confirma la novedad que ha entrado con él: el encuentro con Dios ya no está marcado por el santo temor del AT (cf. el temor del pueblo ante el gran milagro del paso del Mar Rojo: Ex 14,31) sino por la dinámica de conocimiento y de afecto propias de una relación humana: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10)⁶. Lo que hace que Pedro se ponga en pie es un hombre que le aferra por los brazos y le invita a una relación con él. “Darse la vuelta” al acontecimiento de Dios que entra en la historia ya no coincide con escuchar una voz o seguir el don de una ley, sino en secundar el atractivo humano, hecho de palabras y obras que suscitaba un hombre. Un atractivo tan real y potente que resultaba sencillo dejarlo todo para seguirle: “Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron” (Lc 5,11).

Los evangelios de Mateo y Marcos presentan como inmediatamente ligados otros dos episodios que marcaron la relación de Pedro con Jesús.

5 “Simón, el pecador, cae de rodillas ante su ‘Señor’, usando el título normalmente reservado para Cristo resucitado” (J. A. FITZMYER, *The Gospel According to Luke I-IX* [The Anchor Bible 28; Garden City 1981] 568). “La postración no verbal es una actitud religiosa ante lo divino: por un lado, un homenaje; y por el otro, una cuestión de supervivencia. La aparición de lo numinoso desvela los pecados de los seres humanos y se vuelve peligrosa para ellos. La reacción de Simón corresponde a las teofanías de la Biblia Hebrea: uno no puede ver a Dios sin morir” (F. BOVON, *Luke 1* [Hermeneia; Minneapolis 2002] 170).

6 La expresión “no temas” es recurrente en el AT, especialmente en las escenas de epifanía. Con el uso de esta expresión, la manifestación de lo divino, o el anuncio de una tarea de parte de Dios, aseguran al ser humano que puede permanecer en presencia de lo divino sin morir, o bien que no debe preocuparse por los peligros que la tarea encomendada presenta (cf. Gn 15,1; 21,17; 26,24; 46,3; Dt 1,21; 31,8; Jos 8,1; Jue 6,23; Is 41,10.13; 43,1.5; Jr 30,10; 46,27). El mismo evangelista usa esta expresión en Lc 1,13.30; 8,50; 12,32.

Después de meses de convivencia, Jesús, estando solo con sus discípulos, les pregunta sobre quién dice la gente que es él (cf. Mt 16,13-20). En un clima de confianza y ante una pregunta “sociológica”, se suceden las respuestas: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas” (Mt 16,14). Es entonces cuando Jesús “eleva la apuesta” y dirige la misma pregunta a la experiencia personal de los discípulos.

En todo grupo humano, después de un tiempo de convivencia, salen a la luz los “líderes”, aquellos que son percibidos por todos como los más capaces en un determinado campo. Después de la pregunta de Jesús, dirigida a la libertad de cada discípulo, los evangelios nos dicen que “Simón Pedro tomó la palabra y dijo” (Mt 16,16; cf. Mc 8,29). Podemos imaginar a aquel grupo de discípulos mirando a Pedro y esperando del hombre rudo y seguro una primera respuesta. “Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo” (Mt 16,16), afirma Pedro. En el fondo no hacía más que repetir algunas afirmaciones que el mismo Jesús había dicho de sí mismo. Pero lo hacía con la certeza de quien tiene razones para confiar en lo que dice otro.

La alabanza de Jesús no se hace esperar. Pedro es “bienaventurado” porque su confesión no es una mera opinión entre otras sino una verdad revelada por Dios mismo a la que el discípulo se ha adherido de forma razonable y cargada de afecto (cf. Mt 16,17). En función de este juicio de Pedro, Jesús convierte al discípulo en roca o fundamento de su Iglesia (cf. Mt 16,18). Una declaración de preferencia como la que realiza Jesús no debió dejar indiferente a Pedro. Ahora es el mismo Jesús el que le pone por delante de todos. Se siente revestido de una responsabilidad que, curiosamente, querrá ejercer a reglón seguido de forma desafortunada.

En efecto, sin solución de continuidad, los evangelios de Mateo y Marcos presentan a Jesús anunciando a los discípulos que “tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día” (Mt 16,21). El maestro revela a sus amigos, probablemente con tonos graves, el sufrimiento que entrevé. Pedro se siente interpelado. Parece que Jesús les pide ayuda: los discípulos no pueden permitir tal cosa, para eso han sido llamados. Con la autoridad de quien acaba de ser nombrado el primero de los discípulos, Pedro se dirige a Jesús: “¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte” (Mt 16,22).

La reacción de Jesús está fuera de todo guion: “¡Apártate de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no

como Dios” (Mt 16,23). Jesús llama a Pedro “Satanás”, en lugar de reconocer su interés por la vida y seguridad del maestro. La convivencia estrecha con Jesús, compartiendo intensamente todo lo que sucede en un día, a lo largo de semanas y meses, ha dado pie a esta corrección fortísima de Jesús. El camino de conversión y *metanoia* de Pedro pasa a través de estos episodios decisivos. Pedro todavía piensa “como los hombres, no como Dios” (Mt 16,23). La voluntad de Dios, lo que el AT llama “sus caminos”⁷, ha alcanzado una concreción inaudita: coincide con la voluntad de un hombre, que no se deja reducir a los pensamientos y programas humanos.

Pedro tiene que “darse la vuelta” a este juicio de Jesús: no hay conversión cristiana sin esta referencia a una realidad humana externa (Jesús o su cuerpo, que es la Iglesia)⁸ ante la que cedo, me dejo corregir. El cambio de mentalidad o *metanoia* no es un ejercicio de ascesis abstracta (un tallarse a uno mismo a partir de un conjunto de reglas) sino un ejercicio *histórico* por el que mi mentalidad reducida, miope, positivista, se abre y cambia en la convivencia física con la mentalidad nueva que vehicula el sujeto histórico Jesús (o su continuidad en el tiempo, la iglesia).

VI. LA CERTEZA DE PEDRO

Toda certeza humana en el campo de las relaciones personales se genera por una convivencia en el tiempo en la que la convergencia de signos (gestos y palabras) apunta de modo razonable a un juicio de valor⁹. Un niño de 10 años puede decir con absoluta certeza “mi madre me quiere” no por un razonamiento abstracto o como resultado de una inferencia lógica (es mi madre, *por lo tanto* debe quererme), sino por la convergencia de signos de parte de su madre durante años que convergen en el significado “lo hace porque me quiere”. Ciertamente las palabras (en este caso el “te quiero” dicho por la madre) pueden explicitar ese significado, o ayudan a plantearlo como

7 Cf. Dt 8,6; 10,12; 11,22; 19,9 *et passim* en Deuteronomio; Sal 103,7; 119,3; Sir 2,18; 39,29; Is 2,3.

8 Pensemos en el episodio del lisiado en la Puerta Hermosa del templo: suceden las mismas cosas con Pedro y Juan que con Jesús (cf. Hch 3,1-10). O en la identificación de Jesús con sus discípulos en la frase que escucha Pablo: “Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?” (Hch 22,7).

9 Cf. la descripción del método de la “certeza moral” en, L. GIUSSANI, *El sentido religioso* (Madrid 2008) 36-41.

hipótesis, pero por sí solas no tienen la capacidad de generar certeza acerca de la verdad del significado al que apuntan.

También en el campo del conocimiento de Dios, desde que se inauguró en la historia la vía de la Encarnación, se aplica este método de conocimiento a través de la convergencia de signos. El encuentro con Dios coincide con el encuentro con un hombre, Jesús de Nazaret. Pero de nada serviría tamaño encuentro si en el hombre que lo encuentra no es posible generar una certeza respecto a Él¹⁰. Volviendo a los evangelios, podemos imaginar lo que supondría para Pedro el multiplicarse, a lo largo de semanas y meses, de los gestos y las palabras de Jesús. Poco a poco el juicio inicial sobre la excepcionalidad de aquel hombre empezaba a aquilatarse, a tomar la consistencia propia de una certeza. En este caso, es el evangelio de Juan el que nos refiere un episodio en el que vemos salir a la luz el resultado de un cierto camino de conocimiento que ha engendrado la certeza. Se trata del relato de la multiplicación de los panes (Jn 6).

El gesto de saciar a la multitud con cinco panes y dos peces es probablemente el gesto público de mayor envergadura realizado por Jesús. Los discípulos son testigos privilegiados. Son ellos los que constatan el dato de que la gente no tiene qué comer y que a disposición de todos sólo hay unos pocos panes y dos peces. Se trata de una necesidad que los discípulos, que hacían las veces de intendentes, no podían colmar. Excede la capacidad humana. Solo hay una solución: despedir a la gente para que vaya a las aldeas de alrededor a por algo de comida. Jesús, sin embargo, desafía a sus discípulos: “Decid a la gente que se siente en el suelo” (Jn 6,10). No tenía sentido repartir aquellos pocos panes entre los cinco mil hombres, debió pensar Pedro. Pero no era la primera vez que escuchaba de labios de Jesús una indicación que traspasaba los límites de lo razonable y, sin embargo, acababa cumpliéndose. De hecho, una vez más, pero con el aroma de lo absolutamente nuevo, se produce el milagro: la multitud es saciada.

El evangelio de Juan presenta, como en un drama, las consecuencias de aquel milagro. La multitud quiere proclamar rey a Jesús, y él huye con sus

10 Tanto es así que podemos decir que no existe propiamente revelación si ésta no es acogida por el hombre (no se transmitiría en el tiempo). Esta es la razón por la que la fe se concibe dentro de la naturaleza de la revelación en la estructura de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*. DV 5, que habla de la fe, están dentro del capítulo dedicado a la *Naturaleza de la revelación*.

discípulos (cf. Jn 6,14-15). La gente lo encuentra al día siguiente en Cafarnaún y empieza entonces un diálogo que es conocido como el “discurso del pan de vida” (Jn 6,25-59). Jesús parte del hecho de que la gente le busca por un alimento que no sacia definitivamente. Propone buscar el alimento que perdura, que es el que da su Padre del cielo. ¿Qué pan es este? El pan que baja del cielo (como el maná) es el que el Padre envía. Hasta aquí el paralelismo entre el gesto realizado por Jesús y el gesto del maná en el desierto resulta original, atractivo y con ese carácter provocador de otros discursos del maestro: estamos ante un milagro que viene de Dios. Podemos imaginar que los discípulos disfrutaran del diálogo. Pero Jesús va más allá, haciendo que el rostro de sus amigos, por no hablar del de los desconocidos, mudara.

En efecto, el pan que el Padre envía del cielo es el mismo Jesús, un pan que puede comerse... Es más, dice Jesús, “mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él” (Jn 6,55-56). Los discípulos estaban acostumbrados a que Jesús los sorprendiera, incluso a que les rompiera los esquemas. Al fin y al cabo, lo que decía y hacía se revelaba como lo más humano y adecuado. Pero esta vez Jesús había rebasado una barrera: se trataba de un discurso incomprensible y lo que es peor, escandalizador. De hecho, nos dice el evangelio, “muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él” (Jn 6,66), porque el hablar de Jesús era “duro” (cf. Jn 6,60).

Es entonces cuando Jesús pone a prueba de forma definitiva el camino de conocimiento que han realizado sus discípulos. No les ahorra la pregunta: “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,67). De nuevo es Pedro el primero en responder, aunque en este caso ya no se puede dar por descontada una respuesta de “líder”. Pedro tampoco entiende lo que Jesús está diciendo. ¿Comer su carne, beber su sangre? Sin embargo, los meses de convivencia con Jesús habían aquilatado una certeza que ahora, ante la perplejidad, sale a la luz: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69). No entender sus palabras y fiarse de un hombre como Jesús son dos cosas que no están reñidas.

Este emerger de una certeza en relación con la persona de Jesús es decisivo para el nacimiento de la fe. Prepara para la revelación definitiva, cuando el mismo Jesús afirme cuál es su naturaleza: “el Padre y yo somos una sola cosa” (Jn 10,30). También aquí se ha producido en Pedro una *metanoia*,

en este caso un cambio de mentalidad radical, pues el discípulo se abre a un conocimiento que está más allá de la mera razón. La apertura, con todo, no deja de ser razonable, pues razonable es fiarse de lo que uno como Jesús dice de sí mismo. El camino de conversión de Pedro puede ser descrito como un camino de conocimiento moral, en el que razón y libertad (afectivamente ligada a Jesús) van de la mano.

VII. LA EXPERIENCIA DE PECADO: LA TRAICIÓN DE PEDRO

En este camino de conocimiento y conversión, Pedro todavía tenía que experimentar todo el peso de su pecado como traición ante lo más querido, y, por ello, como dolor. Nada tendrá que ver con aquel inicial “apártate de mí, que soy un hombre pecador” (Lc 5,8) que expresaba más bien el temor reverencial con el que el profano se distancia de “lo santo”.

La celebración de la Pascua con Jesús estuvo revestida aquel último año de una solemnidad que intrigaba a los discípulos. Es como si Jesús intuyera que había llegado su hora y tenía cosas graves que comunicar. “Uno de vosotros me va a entregar” (Mt 26,21). “Tomad, comed: esto es mi cuerpo” (Mt 26,26). “Ya no beberé del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre” (Mt 26,29). Terminada la cena, salieron para el monte de los Olivos. Es entonces cuando la premonición de Jesús se dirige a todo el grupo, no sólo al misterioso traidor: “Esta noche os vais a escandalizar todos por mi causa, porque está escrito: ‘Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño’” (Mt 26,31).

Pedro advierte de inmediato el golpe; se duda de su fidelidad. Y, sin embargo, él había dado muestras más que suficientes de su lealtad al Maestro. Por eso salta: “Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré” (Mt 26,33). Una vez más, Jesús penetra con su mirada al hombre tosco, decidido, y al mismo tiempo frágil: “En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces” (Mt 26,34). De inmediato Pedro se reafirma en su fidelidad: “Aunque tenga que morir contigo, no te negaré” (Mt 26,35). No debió pasar mucho más de una hora para que las palabras de Pedro, llenas de buena voluntad, se revelaran como privada de realismo: ante el tropel de

gente armada que llega a prender a Jesús, de parte del Sanedrín, el primero de los apóstoles huye con el resto de los discípulos (cf. Mt 26,55).

La huida de Pedro podía entenderse como en “defensa propia”, y el mismo discípulo siente la necesidad de seguir de cerca los acontecimientos que se suceden en torno al ahora preso del Sanedrín. Por eso se introduce en el patio de la casa de Caifás, sumo sacerdote, donde estaba siendo interrogado Jesús. Es allí donde su aspecto y su acento le delatan como seguidor del Nazareno. Por tres veces es acusado; por tres veces niega su pertenencia a Jesús (cf. Mt 26,69-74). Inmediatamente después de la última negación, cantó un gallo. El evangelio de Mateo es escueto y a la vez enormemente descriptivo: “Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: ‘Antes de que cante el gallo me negarás tres veces’. Y saliendo afuera, lloró amargamente” (Mt 26,75). El de Lucas, sin embargo, hace mediar una mirada de Jesús que debió penetrar el ánimo de Pedro; ahora sí lo sabía: era un traidor (cf. Lc 22,61).

Intentemos penetrar en el ánimo del rudo hombre de Cafarnaún que salió de casa de Caifás para llorar “amargamente”. Para ello deberíamos acudir a la música, más que a la escritura, y escuchar el aria “Erbarme Dich mein Gott” de la Pasión según san Mateo de Johann Sebastian Bach. Pocas piezas de música como esta han sabido expresar con tanta sublimidad la intensidad de momentos de los que la historia no nos da más que pinceladas. “Apártate de mí que soy un hombre pecador”: el sentimiento y la conciencia de pecado de Pedro están ahora a años luz del sentimiento y la conciencia con los que pronunció esas mismas palabras unos años antes, sobre la barca, ante un Jesús casi desconocido, que se presentaba como “lo santo” (cf. Lc 5,8).

El llanto amargo de Pedro es el llanto de quien ha traicionado a un amigo, a uno que ha conocido en profundidad, es más, al único que había sido capaz de atraerle por entero, por el que daría su vida... Y sin embargo, no ha dado su vida en defensa del maestro cuando se la han reclamado. También esta conciencia de pecado, como la dinámica de la conversión, es nueva: no es el dolor o la rabia de no haber cumplido unos mandamientos, o de no estar a la altura de un programa. Es el dolor de un afecto, del afecto dominante traicionado. Un dolor que se convertiría en una tumba si todo hubiera terminado allí, en aquel llanto, y si los ojos de Jesús se hubiesen cerrado para siempre con el último suspiro en la cruz.

VIII. "SIMÓN, HIJO DE JUAN, ¿ME AMAS?". NUEVA MORALIDAD

El evangelio de Juan es el único que retoma, después de la resurrección, la triple negación de Pedro, aunque lo haga de modo implícito. El llanto desconsolado de Pedro debió alcanzar su cénit con la muerte de Jesús: la posibilidad de que su traición no tuviera graves consecuencias se había esfumado. El remordimiento debía ser agudo. Por eso la noticia de la resurrección abría una brecha de luz en un muro que solo contenía tinieblas.

Cuando el discípulo amado, su buen amigo Juan, identificó a lo lejos, en la playa, a Jesús y dijo "¡Es el Señor!", Pedro se tiró al agua sin pensarlo dos veces, arrastrado por el deseo de abrazar al amor de su vida (cf. Jn 21,7). ¡Estaba vivo! Unos minutos después estaba sentado en la orilla comiendo con un grupo de discípulos en torno a Jesús, como en otros tiempos. Había algo en Pedro que todavía debía resolverse...

Es Jesús quien toma la iniciativa. Se dirige a Pedro y le pregunta, "¿me amas más que estos?" (Jn 21,15). La pregunta de Jesús marcará para siempre la moral cristiana e inaugurará un modo de vivir el pecado. Jesús no le pregunta por qué le ha traicionado o si volverá a hacerlo. No le pregunta acerca de su coherencia o de si le quiere hasta el punto de no traicionarle de nuevo. Ni siquiera le otorga el perdón con la advertencia de que sea la última vez. La pregunta de Jesús va dirigida a la fuente del afecto de Pedro (afecto como razón cargada de afecto –que es el valor original del término "corazón" en hebreo–)¹¹. La referencia a los otros ("más que estos") ligaba ya la pregunta a la triple negación de Pedro después de su contundente afirmación, "aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré" (Mt 26,33).

Pedro es sincero, como sólo puede serlo quien está delante del amor de su vida: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero" (Jn 21,15). Después de la primera pregunta se suceden otras dos con el mismo contenido. Pedro siente con dolor el peso de su pecado: tres negaciones, tres preguntas. Pero la pregunta sigue siendo la misma: "¿me quieres?". Jesús, ante la triple negación de Pedro, le hace una única pregunta. Y Pedro mentiría si dijera que no. Igual que mentiría si dijera "te quiero porque te lo demuestro". Ahora, después de la tercera pregunta, es demasiado evidente que el amor de Pedro al maestro ya no se

11 En hebreo, "corazón" (*leb*) es la sede de la vida consciente, síntesis de razón y afecto. Cf. "Ib" en L. ALONSO SCHÖKEL, *Diccionario Bíblico Hebreo-Español* (Madrid 1994) I, 380-384.

sostiene sobre la propia coherencia. El llanto amargo fue la constatación de una debilidad que cerraba las puertas a toda pretensión de demostrar coherentemente el propio amor.

Pedro debe atravesar todo el dolor que acumula en la memoria para estar delante de la pregunta de Jesús, que no le remite al pasado sino al presente de quien le pregunta “¿me amas?”. “Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero” (Jn 21,17). En función de este afecto real, como juicio de razón cargado de afecto (fruto de un camino de tres años), Jesús encarga el pastoreo de sus ovejas a Pedro (cf. Jn 21,17). No se basará entonces en una especial capacidad o coherencia sino en un afecto real a Jesús. El mismo Pedro será la prueba de que este afecto, que descansa ya por completo en la potencia de Jesús para cambiar la persona, es capaz de llevar hasta el martirio.

Pedro seguirá siendo débil y pecador (como Pablo nos lo recuerda en el “incidente” de Antioquía)¹², pero dará la vida por Jesús. Desde esta segunda vocación (“pastorea mis ovejas”) el afecto a Jesús coincide con una tarea muy concreta y no con el siempre nervioso empeño de estar a la altura de la preferencia que Jesús le había demostrado. El centro de estabilidad de Pedro se ha desplazado definitivamente. Ahora se apoya totalmente en Jesús y en la obediencia a su voluntad (“extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras”, Jn 21,18). Lejos quedan aquellos días en los que Pedro gobernaba autónomamente su vida, antes de conocer a Jesús. Pero también lejos aquellos otros en los que, siguiendo al maestro, Pedro todavía confiaba en su capacidad. “Tú sabes que te quiero”: ahora toda la certeza descansa en este juicio, fruto de una historia, absolutamente dominado por la presencia misericordiosa y potente de Jesús.

12 Ga 2,11-14: “Ahora bien, cuando llegó Cefas a Antioquía, tuve que encararme con él, porque era reprehensible. En efecto, antes de que llegaran algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero cuando llegaron aquellos, se fue retirando y apartando por miedo a los de la circuncisión. Los demás judíos comenzaron a simular con él, hasta el punto de que incluso Bernabé se vio arrastrado a su simulación. Pero cuando vi que no se comportaban correctamente, según la verdad del Evangelio, le dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar?”.

IX. CONCLUSIÓN

Con la elección de Abrahán se inaugura un nuevo “método” religioso en la historia. El encuentro con Dios pasa a través de una llamada y de una voluntad que se expresa de un modo muy concreto, en la vida de un pueblo. La *conversión* supone entonces un “darse la vuelta” para seguir la novedad que ha entrado en la historia. Jesús de Nazaret radicaliza este método: encontrar a Dios coincide con encontrar y seguir a una persona aparentemente normal. El NT añade al “darse la vuelta”, que recoge la experiencia del AT, la *metanoia* o cambio de mentalidad.

Con la llamada a sus discípulos, Jesús crea un contexto de convivencia en el que la conversión y la metanoia coinciden con un camino de conocimiento de la persona del maestro, hecho de razón y afecto. Certeza en lo que aquel hombre dice de sí mismo y amor a Él van de la mano. A través de la relación del apóstol Pedro con Jesús, bien descrita en los evangelios, podemos seguir el camino de conocimiento y conversión propio del cristiano.

En el apóstol Pedro identificamos el alba de una nueva conciencia de pecado. Ya no estamos ante la insalvable distancia entre lo profano y lo santo sino ante el dolor por un afecto traicionado. La pregunta de Jesús a Pedro, “¿me amas?” (Jn 21,15), evita que el dolor se convierta en distancia y desesperación. Inaugura una nueva moralidad, toda ella determinada por el afecto a Cristo y no por la coherencia respecto a unas reglas.